

## LUZ DE QUITO SIEMPRE VIVA

Jorge Enrique Adoum

### Atada en el azul

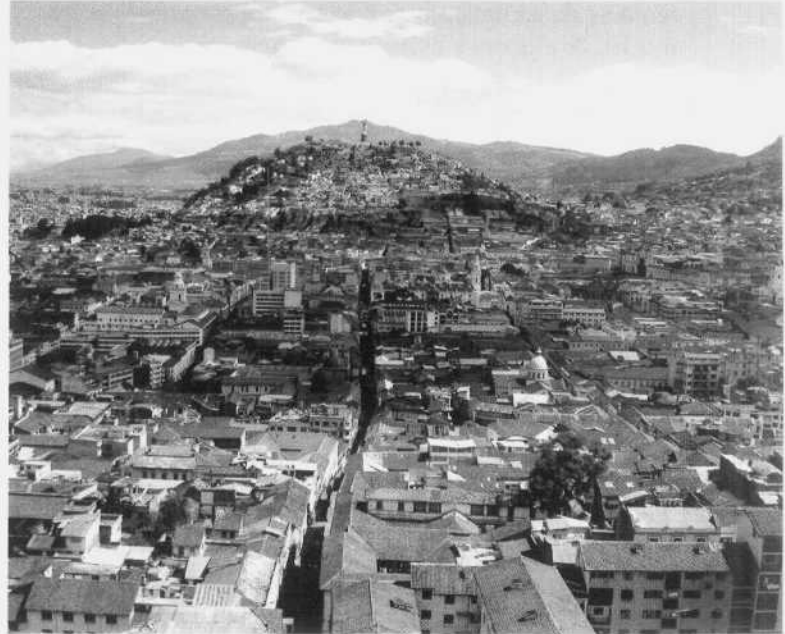
Porque siempre fue Quito: primero, el Reino de los Quitus, que tú, quiteño, heredaste de tu padre como hijo predilecto, tras haberlo perdido por una reyerta entre parientes, y volvió a ser tu país, ése en donde se adoraba al Sol y a la Luna y se podían tocar las estrellas con las manos.

Y un día, sin consultarnos, al otro lado del océano, el Rey de España dijo que todo esto era suyo y decidió que le pertenecía y envió virreyes, alguaciles, capitanes, soldados... Y fue la Real Audiencia de Quito y la Cancillería Real de Quito, y la Presidencia de Quito y la Gobernación de Quito.

Conquistadores y eclesiásticos se repartieron los solares, y hasta las pendientes y quebradas que bajan y suben por entre las montañas en donde está, serena, Quito: "Caen sobre ella, luego se asombran, se detienen, calman sus lenguas". Quito, envuelto en su aire sólido: ("Todos fumamos aquí el opio de la gran altura, voz baja, pasos cortos, respiración apenas, poco se pelean los perros, poco los niños, poco ríen")<sup>1</sup>

En los barrios centrales se asentaron los que tenían título de noble y los encomenderos que fueron erigiendo casas reales, monumentos, iglesias. Pero, tú, quiteño, indio señalado para la encomienda, tú fuiste el verdadero autor de la ciudad en la mitad del mundo.

Atada en el azul más alto, como columpiándose, o poniéndose en puntas de pie para alcanzar su altura, el espacio infinito, le pusieron, más que nombres, descripciones: Puerta del cielo, Zaguán del Paraíso, Arrabal del cielo, y la Cara de Dios, como un retrato repetido... Pero Quito es más que arquitectura y geografía: es la historia de una vocación de rebeldía, es una decisión de libertad e independencia que ya en sí mismas son razón de orgullo: haber nacido aquí para recordarlo o venido a vivir aquí para entenderlo.



### El instigador

Hijo de mestiza analfabeta, nieto de esclava, nació y vivió los primeros años en un hospital. En el Libro de Indios y Mestizos nadie apuntó su nombre Chuzig, (aunque Lechuza era porque iba a ver, en la noche de los siglos y distancias, incluso al hombrecito de hoy que heredó su pensamiento a veces sin saberlo), sino los nombres de Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, como criollo ilustrado y noble ya que, como él decía, "A mí mismo, después de Dios, es que debo mi nobleza". A él mismo: la nobleza de quien supo que se nace con el ansia de ser libres. la nobleza de quien declaró, antes que nadie, la igualdad del indio rústico, del cholo aculturado o plebeyo ordinario, mitayo o montañés descalzo, de "oficios despreciables", con los hidalgos propietarios de obrajes y encomiendas, la nobleza de proclamar así que "América debe ser solamente para los americanos". O sea que la insurrección era posible y era el único atajo que abreviaba el camino que llevaba a la independencia de España. Pero en qué Libro está inscrito su deceso porque el hecho de ser doctor en medicina, haber advertido

<sup>1</sup> Henri Michaux, *Ecuador, diario de un viaje*.

que la explotación y la miseria propician las enfermedades, doctor en jurisprudencia, doctor en derecho canónico, alto ideólogo político que denunció el infierno de las colonias españolas, eso no le cambió la piel; haber fundado y escrito nuestro primer periódico con las primicias de nuestra cultura, ésas que encendieron una claridad de rebelión que cambió a toda nuestra América, eso no le cambió la sangre para no ser maltratado por los que la tenían noble o la habían comprado. Entonces decidió vivir solo y aislado, sin escuchar a quienes lo maldecían como a un delincuente habitual o a un malvado, callado, por haber ejercido, toda su vida, el noble oficio de sereno para despertar a la historia dormida, cambiar su rumbo, hacer que diera el salto que todos esperábamos.

Y ella nos contó que una mañana las siete cruces de piedra de las plazas de Quito amanecieron con banderolas rojas y, al reverso, una consigna en latín: "Al amparo de la cruz sed libres, conseguí felicidad y gloria".

¿Felicidad? ¿Gloria? El cholo Espejo anda en eso. ¿Quién, si no Espejo, pudo convocar así a los sediciosos? ¿Quién, si no Espejo, incita cada día a sublevarse a la gente de la ciudad, a proclamar una República de indios en lugar de esa República de españoles? ¿De quién, si no de él, la culpa?

Cárcel le dieron y prisión de hierro, como a un facineroso, en una celda húmeda, fría y maloliente. Muerte le dieron, un día de diciembre, tras 48 años de haber vivido.



Y aquí estamos, Doctor, evocando su nombre de varón americano, celebrando, dos siglos después, su obra que usted no pudo ver pero que, como autor, presentaría: la libertad, la independencia, la originalidad de este País de Quito, Luz de América.

## La Rebelión de los Barrios

Y tú, ¿qué eras antes, quiteño compatriota, antes de Quito de la que fuiste su albañil? Tú, destinado a ser constructor de templos, ¿qué habías sido antes, sino pobre sujeto aislado, solitario solo, individuo individual, desdibujado y desvaído?

¿Cargador, menos que un burro que ya era inferior a una mula o un caballo? ¿Aguador vendiéndole agua a la sed de los hidalgos, guardándote la tuya, sed de plebeyo, empedernida, larga, intacta? ¿Mitayo sorteado para los obrajes? ¿Cholo afuereño? ¿Cuál era, antes del barrio, la manera de rebelarte por la falta de comida y el hambre, por las epidemias y la muerte, cuál era la forma que tomaba tu protesta a más del puñetazo a tu mujer o a la mesa vacía?

Pero ya no pudiste más: demasiados impuestos, impuestos por la monarquía, un nuevo estanco, nueva alcabala del rey, esta vez al aguardiente, contra quienes trabajaban en cañaverales y trapiches, contra quienes lo vendían en campos y ciudades, y contra los que lo consumían para darle un portazo a la tristeza. Ése era el barrio, el grupo en el que cada uno era los demás y los demás eran todos. Ésa la plebe en la que pudieron al fin sacarse el grito que había crecido en la garganta: "¡Abajo el mal gobierno!" Y por primera vez alguien dijo que las autoridades debían haber nacido aquí, ser como nosotros.

## 10 de Agosto de 1809

Nosotros no tuvimos destino sino esfuerzo. Con nuestro esfuerzo trazamos el destino.

Desde mucho antes. Cuando la batalla acabó con todos los combatientes, cuando las aguas subieron de nivel, cambiaron de color, cambiaron de nombre y fue una Laguna de Sangre, quedó sólo una población de niños que supieron recoger la herencia como un guijarro y lanzarla después, a otros siglos: así la primera rebelión trajo la otra, la otra a las demás, porque nosotros queríamos ser nosotros mismos desde la autoridad hasta la gleba, sin encomenderos ni virreyes, porque queríamos



ser libres, y la rebeldía, una tras otra,  
hizo que al probar el polvo del caído en el combate  
se reconociera al hermano en las cicatrices,  
unidos por la sangre y las cenizas  
hasta que llegamos a un día como hoy  
cuando Quito encendió, como un relámpago,  
la luz de América toda.

Ése fue nuestro destino.

### **77 días**

Fue difícil ser libres, la libertad, difícil.  
Debió, ante todo, ser concebida por vez primera  
en esta América y comenzar a existir. Y existió, uno por uno,  
77 días.

Habríamos querido clavarla —sin que le doliera mucho—  
para que nadie nos la quitara, para que nadie  
pretendiera que no había existido, que no creyera el rey  
que este territorio americano seguía siendo suyo,  
cuando él no pudo el suyo defender.  
Y trajeron batallones, ejércitos, mil soldados  
para que la rebelión fuera desterrada herida, y no bastaba  
darle aliento por la boca, besarle el corazón, sino que, asesinada,  
debimos repetir lo que aprendimos, empezar otra vez de nuevo  
las sílabas útiles para decir las primeras palabras:  
libertad, soberanía.

Y para que nos oyeran  
a lo lejos, de continente a continente, las puertas, las paredes  
y los muros se pusieron a gritar,  
con una difícil escritura, a coro con nosotros:  
“No hay Rey... ni propietario legítimo... ni padre...  
todo eso es mentira, impostura, fraude...  
No hay más que tiranos y usurpadores... Nosotros  
hemos quedado libres naturalmente”.

### **Ordalía**

*¡Pero desgraciada Quito! tú comenzaste por donde debías haber  
acabado, y tu situación decadente por un movimiento retrógrado no  
es la que han tenido otros pueblos.*

*(...) Quito tiene que aprender ahora, sobre el modelo de  
los hombres insignes cuya pérdida lloramos, lo que debe ser en  
adelante. Sí, Quito, abismada en el caos de la desgracia en que ha  
estado sepultada la América, ha ignorado el lenguaje del interés  
por la felicidad común, porque aún no ha rayado en su horizonte el  
crepúsculo de la esperanza.*

*Sí, quiteños, amar a la patria es virtud; servirla, obligación;... Pero  
¿qué es morir por la patria? es morir por estimar la felicidad ajena  
como propia y despreciar la felicidad propia como inútil. Es, en una*

*palabra, ser el hombre superior a sí mismo y al resto de los demás hombres....*<sup>2</sup>

Sí, pero... ¿en el matadero? ¿en ese festival del asesinato en que se convirtió la liberación de los prisioneros, en esa matanza de patriotas, ese duelo entre la espada y la bayoneta, entre el sable y el cuchillo como a cerdos?

Pero esa ordalía estableció de nuevo la certeza: licor para la tropa y, para los vencidos, hacer de la muerte y de su sangre otra vez el comienzo del destino.

### Río de pies y pelo

Enfermeras o campesinas, cocineras o cargadoras, espías, y las que como nobles nada hacían, hicieron algo realmente noble: la insurgencia contra el extranjero en el poder. Entonces cuerpo a cuerpo con cuchillos y hachas, o con espadas y floretes, y con besos y caricias anulaban a las tropas enemigas (porque el muerto, el herido y el enamorado no pueden combatir y el arma complace a ambos ejércitos), ellas se pusieron a la cabeza de la procesión: río de pies y pelo  
asamblea de barrios alterados,  
un disturbio de sastres y herramientas,  
y los plateros con su tas verde contra el ácido,  
la violencia cruzando de vereda a vereda.  
Se pusieron a la cabeza del grito,  
del transparente sacrificio de morir,  
de quien sabe lo que hace.

Hubo contraseñas, mediciones  
del furor agrupado y el azar, profecías  
como fogatas vivas bajo la lluvia:  
ni una sola de estas mujeres en el descanso  
hasta encerrar los crímenes  
en los armarios de la noche.  
Era hora de gritar por la escalera, por el candado de esta historia,  
casa de huéspedes donde se paga por adelantado  
(¿en qué sótano estaban las ropas furibundas de los mártires?).  
Era hora de gritar por la prohibida dignidad, la flor enterrada tantas  
veces,  
hora de rehacer su pétalo quebrado.

Ellas nos dijeron: "Que ningún viento ajeno entre a espantar tu  
llama. Levántate, rebúscate,  
lo que se parece al hombre, yace en el fondo  
de la rabia".

<sup>2</sup> Miguel Antonio Rodríguez, *Oración Fúnebre pronunciada en las exequias de los que murieron en el cuartel el 2 de agosto de 1810*. 3 de agosto de 1811..

Conquistadoras de un sueño inaccesible.

La patria, la pobre, hacía tiempo que se cambiaba el vestido  
porque escondía  
su propia llagadura.

Pero sabían que sería hermosa la ciudad reinventada,  
su álgebra nueva en el cuaderno  
del emancipado. Su campana acarreada.  
Su díscolo aguacero. Su adoquín. Su linterna.  
No querían que sólo nos quedara lo que no teníamos  
y una larga viudez en las arenas.  
Y, carajeando, nos dijeron: ¡Vamos aunque nos maten!  
Porque querían llegar a donde  
pudieran nacionalizarse de felices  
y volverse madres del futuro.

### Legado

Loor, no, y tampoco el Salve de cualquier liturgia.  
Menos aún Hosanna, como si esto fuera en una iglesia.  
Nada de loas ni de vítores a Quito  
ni a su Revolución, porque ambos están aquí,  
son la mejor herencia que nos dejó la historia  
a condición de merecerla: sabían que no bastaba  
con quebrar el yugo para liberar a un pueblo:  
era preciso despertar la conciencia, la dignidad  
de cada uno. Fueron días de coraje, días en que supieron  
que, si podían, cambiarían el mundo para que reinaran aquí  
la justicia y la paz. El impulso de la rebelión, la fuerza  
que nos endereza y nos tiene de pie  
contra la injusticia, son la conciencia de cada uno sumada  
a la revancha de la historia. Pero, ¿somos en verdad  
herederos de los hombres y mujeres que hicieron  
el rostro de la patria y escribieron su autobiografía?  
¿Nos entregaron, realmente, la victoria?

Mirémonos, cada uno de nosotros, sin complacencia,  
en el espejo de su bicentenario, y aceptemos, cada uno,  
las voces con que nos juzgamos, libres, a nosotros mismos. ☒

**Jorge Enrique Adoum** (Ambato, 1926-2009). Poeta, ensayista y escritor ecuatoriano. Su obra en verso aparece a partir de 1949. Por *Los cuadernos de la tierra* recibe en 1952 el Premio Nacional de Poesía; y en 1960 el Premio Casa de las Américas en La Habana. Su novela *Entre Marx y una mujer desnuda* obtuvo el Premio "Xavier Villaurrutia" (México, 1976). En 1989 el gobierno ecuatoriano le otorgó el Premio Nacional de Cultura "Eugenio Espejo" en reconocimiento a la totalidad de su obra. Este poema que aquí publicamos fue su última obra literaria, realizada para la obra *Luz de Quito siempre viva*, con la que se conmemoró el Bicentenario del grito independentista del Ecuador en agosto pasado.